

## II. HACE POCO, Y ACA CERCA

### Cátedra de Neurología y Neurocirugía de la Facultad de Ciencias Médicas, Universidad Nacional de Cuyo (Breve Historia)

**Aníbal Alberto González**, Profesor Titular de la Cátedra de Neurología y Neurocirugía de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina.

Mendoza, 20 de octubre de 1988.

Un poco parodiando el título de una conocida obra de Hudson, me decidí a escribir esta apretada síntesis de la historia de esta Cátedra y mi relación con ella. No la escribí porque pensara que era importante, sino con la esperanza que tal vez a algunos otros pudiera interesarles saber cómo se inició, luchó y progresó en estos 33 años de existencia. Al fin y al cabo preparó e instruyó a más de 1.500 médicos en esta disciplina.

Por otra parte pensé que no me agradaba la idea que todo este esfuerzo quedara en el olvido, que por lo menos quedara, aunque más no fuera, un breve relato de lo que hicimos por nuestra Facultad, por sus alumnos, por nuestros colegas y, ¿por qué no también?, con comprensible humano egoísmo, por mí mismo.

*"Si haces algo que crees que es bueno, no dejes que caiga en el olvido, o tú también serás olvidado."*

*El autor.*

La Cátedra de Neurología de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Cuyo inició sus tareas docentes en marzo de 1955. Tuve el inmenso honor de impartir la primera clase y la enorme satisfacción de continuar haciéndolo todavía en este año de 1988.

Cuando comenzamos, nuestra materia se encontraba ubicada en el 5º año de la carrera médica, de manera que fueron sus primeros alumnos los egresados de la primera promoción, que en este año celebraron los treinta años de ese acontecimiento.

Los comienzos fueron realmente difíciles. Gracias a la benevolencia y gran comprensión del Dr. Carlos Padín, en aquel entonces jefe de Cirugía del 3º piso del Hospital Central, es que nos permitió que dispusiéramos de un pequeño recinto, de 4 por 4 metros, amoblado con un pequeño escritorio metálico y silla de igual material, más una camilla hospitalaria. Este reducido espacio y sus escasos muebles serían el despacho del profesor, lugar de reuniones de los auxiliares docentes, consultorio y secretaría de la Cátedra, así que con orgullo colocamos en su puerta el cartel de "Cátedra de Neurología".

No disponíamos de personal administrativo alguno y, por lo tanto, todo ese tipo de tareas las teníamos que realizar personalmente. Tampoco disponíamos de instrumental rutinario para efectuar los exámenes neurológicos de manera que los martillos para obtener reflejos, los diapasones, dinamómetros y oftalmoscopios eran aportados por nosotros, facilitándoselos a los alumnos durante las clases prácticas. A propósito de las clases prácticas, quiero hacer una mención especial para los médicos que en calidad de jefes de Trabajos Prácticos me acompañaron en aquel primer año. Me place, pues, mencionar al actual Prof. Adj. Dr. Hugo A. Ozán, quien aún continúa a mi lado; al Dr. Emilio García y a la Dra. Nilda Astorga de Ojeda, quienes tiempo después se dedicaron a la Psiquiatría; a la Dra. Néilda Chiofalo, actualmente residiendo en Chile y convertida en una connotada especialista en electroencefalografía. También por esa época, el mismo camino fue seguido por otros de mis colaboradores, el Dr. Carlos A. Avila. Finalmente,

un afectuoso recuerdo para el Dr. Mantz, de quien, desgraciadamente no he vuelto a tener noticias. Un motivo más de mi respeto hacia ellos es que desempeñaron sus tareas por mera amistad y amor a la docencia, ya que las ejecutaron gratuitamente; recién al año siguiente la Cátedra entró en el presupuesto de la Universidad.

Nuestros primeros alumnos fueron veinticinco, veinte de ellos varones y cinco mujeres. Muchos de ellos son actualmente profesores de nuestra casa, otros realizan una importante labor asistencial conectada a la docencia, y otros, desgraciadamente, cumplieron sus ciclos vitales y ya no están con nosotros. Entre los primeros se hallan, rogando ser perdonado si alguno se desliza de mi memoria, los profesores Alberto Binia, actual Decano de la Facultad; Oscar E. Masetto, Miguel A. Coll, Francisco Sevilla, Santiago A. Zizzias, Elena I. Moreno, Hugo B. Ferreira y Esteban Boreis. Entre los siguientes, los doctores José Baro, Birmán de Zirulnick, Díaz de Llaver, Domínguez, Gabay, Introna, Kruger, Mampel, Marrelli, Milone, Sra. de Opiel, Sosa Lara, Tellechea y Zaifrañi. Por último, un respetuoso recuerdo a los doctores Bernardino Millán, Alberto Mulet y Aquiles Mazziotti, ya fallecidos.

Ahora permítaseme recordar brevemente cómo llegué a relacionarme con la Cátedra. De regreso de los Estados Unidos en 1949, ingresé como jefe de Trabajos Prácticos en la Cátedra de Cirugía del Prof. Urrutia; en aquel entonces no había en Córdoba Servicio ni Cátedra de Neurocirugía; al mismo tiempo inicié mi adscripción a la Cátedra de Neurología del Prof. Luque. Entre los años 1950-54 fui becado por Inglaterra y más tarde nuevamente por los Estados Unidos. A mi regreso rendí la Tesis de Doctorado y finalicé mi adscripción obteniendo así los títulos de Doctor en Medicina y de Profesor Suplente de Neurología. Poco tiempo después, a fines de 1954, en viaje casual a Mendoza, tuve la alegría de reencontrarme con un compañero de estudios, el Prof. Julio Cantón, que en aquel tiempo se desempeñaba como Sec. de la Facultad de Ciencias Médicas; por supuesto, recordamos nuestros años estudiantiles, los compañeros mendozinos como los Dres. Estévez, Pons, Romeo,

y tantos más que luego fueran profesores en Córdoba o aquí u ocuparon la silla Decanatal (Cantón, Pons, Romeo). En esta cálida reunión me enteré que en el siguiente año lectivo debía incluirse la especialidad de Neurología, y el Dr. Cantón, en conocimiento de mi reciente título de Profesor me invitó a presentar mis antecedentes al Sr. Decano y sus asesores. Así lo hice y al poco tiempo recibí la aprobación correspondiente para hacerme cargo de la Cátedra, y así comenzó esta muy feliz experiencia que ya cumplió sus 33 años.

No es mi pretensión hacer de este relato una relación detallada de mi currículum, pero considero que los hechos deben ser relatados, para una mejor comprensión de los mismos, en concordancia con el momento y lugar donde sucedieron. "El hombre y sus circunstancias", de manera que les ruego disimulen un poco mi persistencia.

En 1955, actuaba aquí en Mendoza, desde corto tiempo atrás, un neurocirujano, excelente especialista, quien conmigo éramos algo así como pioneros de la neurocirugía de esta ciudad. Ese mismo espíritu pionero, junto a mis colaboradores lo aplicamos en nuestras actividades catedráticas. Recuerdo que la Cátedra de Radiología, a cuyo frente se encontraba el Prof. Antonio Orfila, tenía instalado, en una, yo diría, mezquina habitación, ubicada en el 6º piso del H. Central, un aparato de Rayos X de una muy modesta potencia, con el cual se realizaban radiografías de tórax, huesos y similares. No alcanzaba para más. Bien, en ese pequeño e incómodo gabinete y su modesto aparato, comenzamos, por primera vez en la Facultad de Medicina a realizar nuestras pneumoencefalografías, las cuales, durante muchos meses, fueron nuestro único medio especial de diagnóstico neurológico no clínico. Este método lo realizamos con la colaboración del Dr. Stordeur.

Cuando pudimos dominar la técnica, con tan precarios medios nos atrevimos a encarar las mielografías, también las primeras que se realizaban en la Facultad. Por entonces sólo contábamos con un medio de contraste en solución oleosa. Su contenido yódico y el aceite nos obligaba a retirarlo después del examen debido a la acción irritativa de sus componentes sobre la cubierta y raíces medulares, tarea nada fácil y más bien engorrosa, debido a que la mesa de rayos se inclinaba sólo hacia un extremo y por lo tanto se debía manipular al paciente cambiando su posición de cabeza arriba a cabeza abajo, y viceversa, con una aguja insertada en la región lumbar, que si bien no era muy complicado en pacientes delgados o de pequeñas contexturas, se hacía muy difícil en enfermos corpulentos u obesos.

Finalmente atacamos el procedimiento angiográfico que, al igual que los anteriores, se realizaba por primera vez en nuestra facultad.

La muy escasa experiencia del radiólogo, y la mía, con estos procedimientos, consumió algún tiempo hasta que pudimos obtener imágenes aceptables, pero sólo con placas de frente y perfil y exclusivamente en la faz arterial. Tiempo después incorporamos los cambiadores de chasis manuales, luego los automáticos, placas en diferentes posiciones y variadas fases hasta la actualidad en que se dispone de angiografías digitales, T.A.C. e imágenes por resonancia nuclear magnética y algunos más, especialmente estos

últimos fuera de Mendoza, accesibles, por lo general a un costo elevado, para casos especiales y yo diría para privilegiados.

El proceso del progreso fue lento, pero con paciencia, perseverancia y grandes deseos de hacer y realizar, las cosas se fueron logrando.

Casualmente en esa época se nos ocurrió al Dr. Stordeur y a mí iniciar una suerte de extensión universitaria, algo simple y primitivo quizá, pero que a nosotros nos dio muchas satisfacciones y creo que a nuestros receptores también.

Nos poníamos en contacto con los centros o sociedades y círculos médicos de poblaciones de nuestra provincia y organizábamos conferencias, simposios, mesas redondas o simplemente se exponía sobre un predeterminado tema en forma breve y luego se pasaba al diálogo con preguntas y respuestas en forma libre. Así comenzamos con las localidades de San Martín, Rivadavia, General Alvear y San Rafael. Tiempo después extendimos estas actividades a San Juan, San Luis y Villa Mercedes, para finalmente llegar a General Pico y Santa Rosa en la provincia de La Pampa. Siempre procuramos, salvo requisitorias especiales, que los temas a exponer o discutir fueran sobre patologías más o menos frecuentes en la práctica diaria, y tratando, en lo posible, de aportarles algo útil a quienes ejercían la medicina general en nuestro interior provincial y vecindades. Por lo general, los temas eran: Traumatismos craneocerebrales y vertebro medulares, Accidentes cerebrovasculares, Epilepsia y algunas patologías del S. N. Periférico, como neuralgias, neuritis y cefaleas.

Nos sentíamos satisfechos de poder, de alguna manera, ayudar, a través de la Cátedra, a colegas que ejercían su profesión, semidesamparados científicamente, alejados de Centros de Enseñanza, y para colmo atados a su profesión rural, sin horarios y con poca o ninguna información al día.

Todos estos logros, si bien pueden no haber sido los primeros en Mendoza, cosa que dudo, sí fueron con seguridad los primeros realizados y ejecutados por el personal docente universitario de nuestra Cátedra.

En cuanto a la neurocirugía mendocina, fuimos iniciadores en 1955 de la neurocirugía neurovegetativa, realizando las primeras simpaticectomías lumbares y las primeras extirpaciones del núcleo pulposo herniado en determinados tipos de ciática.

No pretendo relatar uno por uno los logros de la Cátedra, creo que sería suficiente decir que de su seno han salido a la luz más de cien trabajos científicos; por supuesto, no pretendemos asignarles la categoría de extraordinarios, ni mucho menos, pero creemos que dentro de nuestras limitaciones en todo sentido, han contribuido, en alguna manera, a acrecentar la información de nuestra especialidad.

Los neurocirujanos argentinos, allá por los años 1958-1959, no llegaban al medio centenar. La mayoría se encontraba ejerciendo en las ciudades de Buenos Aires y La Plata, unos cuantos en Rosario, tres en Córdoba, un par en Tucumán y dos en Mendoza. Las distancias eran importantes y los medios de comunicación bastante precarios; esto nos llevó a la creación de una institución, que de tanto en tanto nos reuniera a todos o a la mayoría y que al mismo tiempo asegurara la idoneidad de quienes

practicaran la neurocirugía. Decidimos que esta entidad debía estar presidida por el neurocirujano de mayor edad, en ejercicio activo de la especialidad y que conllevara un prestigio reconocido. La institución creada fue el Colegio Argentino de Neurocirujanos, asociación de carácter normativo, señera y ejemplo de muchos otros que le sucedieron en otras especialidades y presidida en sus comienzos por el Prof. Ernesto Dowling, relevante figura de la neurocirugía argentina, creador de la técnica del "parto" para la extirpación de quistes hidatídicos cerebrales, aún utilizada internacionalmente.

No recuerdo con exactitud el número de neurocirujanos que nos reunimos una noche en Buenos Aires para la fundación del Colegio, pero sí recuerdo a la mayoría, como a los profesores E. Dickman, J. Ghersi, R. Carrea, J. C. Christensen, M. Albarenque, F. Perino, E. Osacar, M. Costal, Lyonnet, Oribe, los doctores J. Benaín, J. P. Recagno Cepeda, R. Barcellona, Albertengo, Diez, y varios más que por el solo hecho de no ser aquí nombrados, no merezcan nuestro más cálido recuerdo y agradecimiento. Casi al mismo tiempo, surgió la idea paralela de la creación de otra entidad que cobijara los sanos deseos de competición científica, la exposición de conocimientos, la discusión de trabajos y técnicas y, en fin, la adquisición de un prestigio médico, que al fin y al cabo no es sino una recompensa que todo ser humano espera como resultado de sus esfuerzos. Esta fue la Asociación Argentina de Neurocirugía. Estas dos instituciones, de carácter nacional, reconocidas internacionalmente, son parte de la proyección de la Cátedra, a través de su profesor, de la relación científica de la misma con el resto del país. Algunos años después, y a sabiendas de la pobreza que existía en lo referente a la preparación de especialistas de programas bien organizados de posgrado, con los doctores Benaín, Usarralde, Burry, Crtelezzi, Saint Martín, Jurado, Turjanski, por nombrar sólo unos pocos, y presididos por el inolvidable Prof. Enrique Morea, se creó la Academia Argentina de Neurocirugía, organismo que sigue en plena actividad y dedicado, con ciclos de enseñanza bien establecidos, a la preparación de especialistas en neurocirugía. Su primer Rector fue el Prof. Morea, y su actual, el Prof. Christensen.

Nuestra Cátedra colaboró intensamente en la formación y desarrollo de todas estas instituciones y quiero establecer aquí, con legítimo y sano orgullo, que integré la primera comisión de la Asociación, el cuerpo directivo del Colegio y también de la Academia. Con el auspicio y apoyo de nuestra Cátedra realizamos el primer Congreso Argentino de Neurocirugía en la localidad de Uspallata en el año 1960. Cuando años después presidí la Asociación, representé a la misma como muchos otros en el mundo, en calidad de Vicepresidente del Congreso Mundial de Sociedades Neuroquirúrgicas en la ciudad de Tokio en 1973.

Sin ninguna duda, la medicina argentina tuvo momentos de real esplendor. Producía libros de textos de pre y posgrado, no sólo utilizados en toda la América hispanoparlante, sino también en muchos países fuera de nuestro continente. Por desgracia, llegó poco a poco la decadencia, y en determinado

momento se hizo muy difícil conseguir un texto de pregrado, barato, básico y actualizado, de manera que la Cátedra decidió producir y editar una modesta guía de semiología neurológica (la Cátedra de Semiología de nuestra Facultad se había eliminado de nuestros programas) que creo fue de utilidad en su momento. A pesar de los enormes problemas económicos editoriales que aparecieron más tarde, los Profesores Velazco Suárez de México, Bustamante Zuleta de Colombia y Recagno Cepeda de Rosario (Argentina) lograron publicar un texto intitulado "*Neurología*", en el cual colaboramos con un capítulo referido a patologías del Sistema Nervioso Periférico.

A la Cátedra también le correspondió realizar por primera vez una intervención en el campo de psicocirugía, al igual que primera, en la Facultad, de cirugía estereotáxica, esta última realizada con un aparato construido por un artesano local, sobre un modelo del Dr. Carrea, a su vez modificación de otro extranjero.

Aunque sea muy brevemente, no puedo dejar de mencionar a los colaboradores docentes que en el pasado trabajaron y enseñaron en nuestra Cátedra, aunque es posible que se me olviden algunos de ellos, a quienes pido me disculpen. Aparte de los que estuvieron en sus comienzos, a quienes ya mencioné, pasaron por la Cátedra, por tiempos breves o prolongados, los doctores Horenstein, Manzano, Stern, ambos Sejanovich, Chade, Bonino, Figueroa, Odoriz, Conocente, Ojeda y Giocoli. Entre los Auxiliares alumnos, los actuales doctores Carol (hoy profesor en Costa Rica), Chiaradio, O'Donnell y muchos más que recordamos con afecto.

Para finalizar, desearía expresar que en el curso de todos estos años la Cátedra ha actuado en forma activa en la organización o participación de congresos provinciales, nacionales e internacionales, presidiendo mesas, con relatos, simposios etc., en más de 90 de ellos. Hemos dictado más de 50 cursos de pre y posgrado e igual número de conferencias. En fin, durante más de treinta años hemos procurado que la Cátedra rindiera, docente y científicamente, un rédito aceptable dentro de nuestras limitaciones materiales e intelectuales; si lo hemos conseguido o no, es una opinión en la cual no podemos participar.

Integrando la actividad docente con la asistencial, tuve la satisfacción de crear el primer Servicio Provincial de Neurología y Neurocirugía en el Hospital Central, en cuyo ámbito actuó y actúa la Cátedra.

En el momento de escribir estas líneas la Cátedra está integrada por el que suscribe como Profesor Titular, por los Profesores Adjuntos doctores Hugo A. Ozán y Bernardo Odoriz, y los siguientes docentes: doctores Hilmar González, Roberto Neme, Gabriel Jordán, Osvaldo Mateo y Alejandro Marcovechio; un pequeño grupo, tal vez, pero muy entusiasta y dedicado en cuyas manos deseo quede esta Cátedra que vi nacer, crecer y progresar y que tantas y tantas satisfacciones me diera. Así brevemente y en un muy apretado relato caben los 33 años de la existencia de esta Cátedra de Neurología y Neurocirugía de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Cuyo.